

EL AMIGO DEL OBRERO

REDACTORES:

Dr. Luis Pedro Lengua—Dr. Miguel Pérez

CORRESPONSAL EN PARÍS:

François Vuilliot

Secretario de Redacción: JUAN N. QUAGLIOTTI—Administrador: FERNANDO C. PLÁ

Órgano de los Círculos Católicos de Obreros del Uruguay
APARECE LOS MIÉRCOLES Y SÁBADOS

REDACCIÓN-ADMINISTRACIÓN: Daymán 126—Horas de Oficina: 9 a 12 m. 2 a 6 p. m.
Teléfono: La Cooperativa núm. 639
Suscripción en la Capital (por mes) \$ 0.20 | En campaña (semestre adelantado) \$ 1.20
No se pague ningún recibo que no lleve el sello de la Administración.

La epopeya de Artigas

Hemos conseguido del doctor Zorrilla de San Martín esta primera del libro que prepara en cumplimiento del encargo que le ha hecho el Gobierno de la Nación, de suministrar a los artistas que han de presentar proyectos para el monumento de Artigas, los datos e informaciones que les sean necesarios para realizar la obra.

El Dr. Zorrilla de San Martín la forma de *Conferencias*, suponiendo que dirige la palabra a los artistas. La que hoy publicamos es la primera de dichas conferencias, especie de exordio o prólogo de las que la siguen, y que serán veinte.

Amigos artistas:

El Gobierno de la República Oriental del Uruguay, mi patria, ha querido que hablo en su nombre con vosotros, los que os disponéis a satisfacer la necesidad y el vivo anhelo del pueblo uruguayo, de dar forma artística perdurable al más alto exponente de su gloria: Artigas.

Debo hablar con vosotros, no para invadir sucesos ni, para controvertir problemas históricos, sino para suministrar datos, elementos gráficos, vistas de conjunto, todo ello de acuerdo con las instrucciones del Gobierno, que quiere ser, a su vez, el intérprete del pueblo.

Os veo, pues, a todos a mi lado, atentos, dispuestos a recoger ideas e inspiraciones; os miro y os hablo como a amigos íntimos, como a hermanos, identificados conmigo y con mi patria en un común sentimiento de amor a un ideal de verdad y de belleza que forma el alto cívico de una nación, y que busca forma en mis palabras primero, y en el mármol o en el bronce en que vais a inocular vuestro espíritu, después.

Y cómo realizar esa identificación, si os miro a los ojos y sólo reconozco a algunos de vosotros, a los que son mis hermanos en la patria y que, como yo, aman y sienten la tradición materna americana, y dentro de ésta, con mayor intensidad, la consagrada tradición uruguayista...

Sos europeos la mayor parte de vosotros, los grandes, los indiscutidos; estáis compenetrados, necesariamente de vuestra historia secular; sentís el tipo de vuestras patrias respectivas; también, por vuestra educación clásica, conocéis el ambiente romano, y el griego, y el egipcio, y el caldeo, y el árabe; veis los héroes de la historia de la reconquista española, las armaduras de plata de los Nibelungos, los blancos albornoces nortescos sobre el fondo del desierto. Vuestra formación estética os hace conocer los héroes de Homero y las visiones de Dante y los hombres vívidos de Shakespeare y los guerreros muertos de Ossian. Pero vuestra América, sus tradiciones, sus héroes, sus leyendas, con ser como son tan recientes—y acaso por eso mismo—son para vosotros algo exótico, que miráis quizá con indiferencia—iba a decir con desdén—y que no despierta en vuestras almas el dios interior que emerge de la sombra en las entrañas del artista, cuando éste siente que se muere en ellas el nuevo ser engendrado en el misterio de la vida por el pensamiento creador.

Y sin embargo, es preciso que ese dios aparezca en vosotros, si habéis de realizar una obra digna de vosotros mismos y del pueblo que ha pensado en vuestro genio. Yo tengo que evocaros con palabras que sean soplo de espíritu, ráfagas de vientos gemitales y sagrados, saturadas de plenitud. Solo así realizáis obra sincera, y el espíritu no se retirará de vuestro bronce, convirtiéndolo vuestro monumento en fetiche idólatrico. Y no desamparo de hacerlo. Si, lo desampararé cualquiera que sea el nombre de vuestra patria, cualesquiera que sean vuestros dioses y vuestros mitológicos altares. Tengo fe absoluta en la intensidad del tipo que os ofrece a vuestra creación, en su carácter, en sus propios jeffeciones, en su obra, en el nido de luz que lo envuelve y penetra. Vais a estar en presencia de un héroe en toda su extensión, de un creador, de un mensajero. Con solo mostrároslo, yo removeré en vosotros la idea absoluta de patria, y ésta es la misma en todas las regiones, y en todos los hombres, sea cual sea la forma de que se revista; vais a ver cómo nace una patria entre los cotinajes de nubes tempestuosas que envuelven su cuna, según la frase del viejo Job: «Tú envolvióste la tierra en sus brumas, como se envuelve un niño en sus pañales». Vais a verla

nacer, como el árbol de su simiente casi imperceptible, con el sólo concurso del cielo y de la tierra: aire, sol, humus, fuerza o ley misteriosa de la universal germinación. Voy a mostraros a Artigas, que se proyecta como un mito hierático en el fondo; a haceros conocer su época y su ambiente con la mayor amplitud posible, su significado, la enorme proyección de su sombra en el cuadro espléndido de la Revolución Americana, y su perpetua palpitación subterránea bajo el suelo sagrado que los orientales pisamos y sentimos latir en nosotros mismos.

«El mármol tiembla ante mí—decía el escultor Púgél—Yo tiemblo ante el mármol, al pretender desempeñar mi misión; miro de alto a bajo la figura monolítica del héroe del Uruguay, y entro en un temeroso recogimiento».

Cada botón, dice Amiel, no florece más que una vez, y cada flor no tiene más que un minuto de perfecta belleza. Así, en el jardín del alma, cada sentimiento tiene su momento floral. Yo quisiera, mis queridos artistas, ponerlos en contacto con mi espíritu solo en sus momentos zenitales, en que tienen relámpagos de faro; pero ellos brillan y pasan. Entró la esperanza y el recuerdo no hay casi nada. Ni siquiera podemos esperar el paso de sus frágiles momentos; no hay tiempo de esperar. Iláblemos, pues.

Recordar lo que, hace pocos años, me cupo también el honor de dar el canon de la estatua de Lavalleja, que, modelada valientemente por nuestro joven artista Juan Ferrar, que me escuchaba afuera entre vosotros, se levanta hoy en la plaza de la ciudad de Minas.

Yo os aseguro que no sentí entonces lo que hoy; mi tarea fue muy sencilla; no vacilé un momento: un rato de intrépididad, media hora de conversación con el artista, una docena de páginas escritas, fueron bastante. Lavalleja fue un soldado, un soldado insustituible, destemido, heróico, al que los sucesos arrastraban a la gloria; Lavalleja es un grito de batalla. Montados a caballo un harce, artista amigo, dije al elegido, montados en un caballo nutrido del árbol y de la gramínea de la patria, nervido, inteligente, sosegado por un brazo de hierro; ponel ese jinete en medio del combate por la tierra nativa; hacello alzar la cabeza, para que se le vea bien la luz de la frente; hacello salir de los labios de bronce un grito perdurable «Carabina a la espalda y sable en mano y habréis creído al Lavalleja».

Hoy tengo que dar al canon de Artigas. ¡Oh! Artigas es otra cosa. Os equivocaría si le vieras en un soldado, una batalla, un grito, un ejecutor. Artigas, ch hermano, ha sido una enigma, fué un silencio, un enorme silencio: «*Seul le silence est grand; tout le reste est faiblesse*».

Los orientales creemos, y estamos siempre dispuestos a demostrarlo, porque ya se ha hecho día en la historia, que tenemos en nuestro Artigas, no sólo al héroe de la patria, sino al héroe de la América Española independiente, la personificación más alta y más genuina del nacer tempestuoso del continente que descubrió Colón a la vida de la independencia política, y, sobre todo, a la vida de la democracia triunfante, la verdadera independencia, el predominio de la voluntad del pueblo en la formación de sí mismo, como persona colectiva, en la gran sociedad internacional primero, y en su propia organización después; en la designación de la autoridad: el gobierno de los mejores y los más aptos, declarados tales por el conjunto social, como la forma más racional, más acorde en el orden de la naturaleza.

Artigas está sentado entre un sepulcro y una cuna; entre el morir de la soberanía del hombre sobre el pueblo, y al nacer de la soberanía del pueblo sobre el hombre: él encarna el absoluto lo segúnlo. Veteis en esa época gloriosa hermosa, pero crepuscular, mezcla de luz y sombra, con vestigios del pasado y reflejos del porvenir, con ideas monárquicas y aúbelos de la independencia, es decir, la apariencia, la no entidad, Artigas es la realidad: en él no hay crepúsculo; el sol naciente le da en la cara. Veteis, pues, en él los rasgos propios del héroe, la cohesión, la visión propia del pasado y reflejos del porvenir, con ideas monárquicas y aúbelos de la independencia, es decir, la apariencia, la no entidad, Artigas es la realidad: en él no hay crepúsculo; el sol naciente le da en la cara. Veteis, pues, en él los rasgos propios del héroe, la cohesión, la visión propia del pasado y reflejos del porvenir, con ideas monárquicas y aúbelos de la independencia, es decir, la apariencia, la no entidad, Artigas es la realidad: en él no hay crepúsculo; el sol naciente le da en la cara.

El monumento que vais a crear es erigido en la ciudad de Montevideo—ciudad símbolo de nuestro, nuestro ante todo; ha sido el altar cívico en la patria Uruguaya, porque fué Artigas quien amó con limo el cuerpo de esa patria, y le infundió

el soplo de su espíritu. Pero como en Montevideo, vuestro monumento pudiera, y aún debería erigirse—y aligú día se erigirá—en Buenos Aires, en Santiago, en Bogotá, en Méjico, al lado de los monumentos parciales, al lado de San Martín, de Belgrano, de O'Higgins, de Bolívar, de Sucre, de Hidalgo, de Morelos, héroes resonantes de la Independencia Americana. En el Norte brillará fija la estrella polar, del otro polo: Washington. Artigas marchará triunfante hacia el Norte, y se detendrá respetuoso ante esa estrella boreal.

Estamos en pleno centenario de la revolución de América; se ha establecido el 25 de Mayo de 1810 como la cifra sagrada. Sea, los orientales, la tenemos en nuestras gloriosas efemérides; sea nuestra navida superior a Artigas para simbolizarla.

Veteis cómo el lucha con España, pero no por ser España: «La guerra—dijo—es sólo de la libertad contra el despotismo; los despotas, no sólo por su nación sólo por serlo, deben ser objeto de nuestro odio; lo vereis luchar con Portugal, que persegua una apariencia más engañosa aún que la de España; lo vereis, por fin, luchar con Buenos Aires, pero no contra Buenos Aires, sino en Buenos Aires, por el pueblo argentino, por el dogma popular, por la independencia absoluta, que se identifica con la autonomía de la religión oriental. Esta fué el núcleo y el baluarte de aquella idea; Artigas, el oriental, es su caudillo y tiene que ser su encarnación y su símbolo. El es el orden en su concepto genuino, la aparición de la nueva juventud en el derrumbe de las antiguas formas, como dice Carlyle.

Escuchadme, pues, con atención, os lo ruego; yo hablaré a vuestros ojos y a vuestro oído; os daré líneas, colores, sonidos armoniosos,—tan armoniosos como los ojos sonar en mi memoria; dadme oído, abrid los ojos, abrid sobre todo, el corazón para pensar, que es del corazón—os lo diré con frase agena—que es del corazón de donde vienen los pensamientos grandes.

Dr. JUAN Z. DE SAN MARTÍN.

(De «25 de Agosto» número único).

Indicador cristiano

Sábado 24—Stos. Bartolomé, ap., Tolomeo y Román, obs. y mir.

Domingo 25—*El Purísimo Corazón de María*—Stos. Luis, rey de Francia, Ginés, Julián y Magin, m.—FIESTA CIVICA.

Lunes 26—Stos. Ceferino, p. y mir.; Simplicio y sus hijos y Constantino.

Martes 27—Stos. José de Calasanz, fr., Rafo, Juan y Glicerio, ob., y la Transverberación del Corazón de Sta. Teresa de Jesús.

Miércoles 28—Stos. Agustín, ob. dr. y fr., Julián Pelayo, m.

El Amigo del Obrero

MONTEVIDEO 24 DE AGOSTO DE 1907

25 de Agosto de 1825

La espada y el altar, o mejor dicho, la espada junto al altar, santificada y vivificada por el altar, he aquí el principio y la base de todos los grandes acontecimientos que ha contemplado la humanidad regerada por Cristo. Desde que el Hombre-Dios bajó a encender en el mundo las luces del espíritu humano, trabajan a la par estos dos elementos, siendo causa de la felicidad de los pueblos cuando se unen y comprometen en un mismo objeto y con un mismo fin; cuando aquella, no olvidando que de por sí y esgrimida en nombre de la emancipación religiosa no ha podido jamás causar en el mundo sino desolación y muerte, reconoce al mismo tiempo que puede ser y ha sido siempre un gran factor en la vida del progreso, cuando ha sido esgrimida en nombre de los legítimos principios cristianos.

El día 25 de Agosto de 1825 después de haber impregnado las luces de lo alto en la capilla del Pintado, catorce diputados de nuestro Pueblo Oriental, de aquel pueblo que gemía aprisionado entre las garras de la esclavitud, pero que no estaba muerto, sino que sentía alzarse, y resaca en su alma el oleaje de aquella libertad que había de estallar muy pronto en la segunda etapa de una guerra de titanes, para quebrantar para siempre las cadenas de la opresión; proclamó al Uruguay, libre e independiente.

Nuestra nación arroja hoy destellos de gloria y grandeza junto a los demás del mundo civilizado. Mas recordemos que si nuestra nación es grande y gloriosa es porque ha respirado al nacer el ambiente del más puro cristianismo, allá en medio de aquella Augusta Asamblea que no ha querido resol-

ver el gran problema de la felicidad de un pueblo, sino a la sombra de un templo católico y bajo la inspirada dirección de un sabio y ejemplar sacerdote de la talla de Juan F. Larrobla.

Pero, cuán grandes no son las aberraciones del hombre ofuscado por la pasión de la discordia. A poco más de ochenta años de aquel día memorable, hoy cuando nuestra nación sigue rigiéndose por los principios cristianos de que fué cuna la Asamblea de la Florida; cuando la inmensa mayoría de los orientales no ha olvidado siquiera en izár la bandera de la rebelión, se quiere suponer, en la realización de los grandes actos colectivos de la nación, que el país no es ya cristiano; sólo porque no lo son unos cuantos intolerantes librepensadores, que muy otra cosa son que no la genial y fiel expresión de la voluntad del pueblo, como lo eran nuestros prohombres de la Florida.

Pero, no debe causarnos admiración la presencia de este fenómeno, porque hallándose nuestro país en un estado anormal, ofrece una de aquellas anomalías de que no suelen adolecer las naciones de organización perfecta. Una idea, un sistema de doctrinas que muchas veces no es sino producto de fantasías calenturientas, se entroniza en medio del gobierno representativo de un pueblo, y pretenden luego los jacobinos inocular ese humor virulento de sus cabezas enfermas en las mentes y corazones sanos del pueblo, el cual, por lo mismo que no participa del estado morboso de los que gobiernan, rechaza con violencia aquel veneno que se quiere infiltrar en su organismo.

Pero, eso sí, nosotros los católicos somos en parte culpables de las afecciones morbosas de nuestra cabeza. Nosotros, los que dormimos tranquilamente junto a las armas del enemigo, en los momentos en que este se halla más despierto.

El mal de muchos católicos está en no conocer el espíritu de nuestra época. Vivimos en tiempos en que todos desarrollan asombrosa actividad en la lucha por la defensa de las ideas.

En medio de la multiplicidad de hechos y de una marcada tendencia al progresivo desenvolvimiento de las ideas, que determinan y caracterizan el espíritu de nuestra época, todos se agupan y luchan con actividad febril a la sombra de una bandera y se apereiben a defenderla con denueño.

Y muchos católicos duermen el sueño de Jonás en medio del peligro de la tempestad, confiando presumidamente en la plena seguridad de las palabras de Cristo: *Porte inferi non precebeant*.

Si, es verdad, veinte siglos han irrefragable testimonio de haberse estrellado contra la Iglesia Católica todas las persecuciones; pero también dan testimonio de las dolorosas humillaciones con que ha siempre castigado el Señor la pusilanimidad de los pueblos católicos.

Vayamos, pues, a la lucha confíados en el prestigio de nuestras pasadas tradiciones y una esplendorosa victoria coronará nuestros esfuerzos.

FIRMES.

Quisicosas

Cáspita con «El Atalaya».

No se contenta, no, el papelucho protestante con traernos, como antaño, algunas macanas literarias, más o menos inofensivas del imponderable Nuñez Regueiro, o algunas sinopsis de sapiferos sermones de tal o cual pastor evangelista, o cuatro articulejos con más contradicciones que pelos tiene un conejo.

El orgullo protestante ha sacado otros registros y se ha saltado por todo lo alto, tomando parte al pie que cualquier pesquía o diario sin creencias, en esa algaravía de calumnias contra el clero católico.

En un articulejo titulado «Ya lo sabíamos...» el escritor de la «Cabaña Protestante» nos habla de los términos siguientes, como de cosa así cierta, de los *calumnias clericales* de Italia; escándalos que no han existido más que el magín de los calumniadores de oficio, y en la inculta sestera de esas turbas alucinadas por la propaganda sectaria, y en el inocente meollo de los escritorzuclos de la cáscara amarga.

Díces así el artículo protestante.

«YA LO SABÍAMOS...»

Ultimamente en Italia, al conocerse los actos no sacros cometidos en cierto colegio de aquel país por elementos del clero, los diarios liberales trobaron contra aquellos hechos delictuosos que habían de tener la virtud de exasperar al noble pueblo italiano.

No, hombre, no; esa es una grilla más grande que toda la «Cabaña» con todos sus pupilos.

Los diarios masonicos, socialistas y anarquistas, son los que tronaron (con menos derecho que nadie, por supuesto)

no contra los crimenes; porque no los había, sino para espantamar las que ellos conocían ser calumnias inventadas en sus propias redacciones, y excitar así a la genia perdida, contra los conventos y seminarios.

Naturalmente, que los cabecillas que movieron los resortes de esa trama inicua, era gente que está pidiendo a gritos un grillete y pensión vitalicia en un presidio; pero en estos días hemos llegado a unos extremos, que no hay perdido ni patibulario que no se crea con derecho para armar la gorda en nombre de la moral ultrajada.

¡Pobre moral! ¡Vaya unas gentes las que han tomado tu defensa!

Dico después el papelucho protestante que, hechas ruidosas manifestaciones y mítines colosales, y aquietados un tanto los ánimos populares, tomó intervención el gobierno para levantar sumarios y esclarecer los hechos.

Pero ahí va el párrafo metodista con todo su corte épico.

«Y el gobierno? El Gobierno, después que se apaciguaron un tanto los ánimos, ordenó se levantara un sumario y oh! candidez clerical! oh! inocencia! oh, pureza yaticaneal! Después de mucho investigar e indagar, resultó que nada había entre dos platos. Esto, que muchos no esperaban dado el alboroto, de la gente ante los hechos revelados, nosotros, ya lo sabíamos».

Caramba! Y que líneo nos había resultado el gaceterillo este!

Los demás no sabían lo que iba a resultar: pero él sí; antes de iniciarse los sumarios, ya se sabía de memoria lo que de ellos iba a resultar.

Claro está; se levantaron los sumarios; se vió que todo ello no era más que un tejido de mentiras y de calumnias, y como todavía hay jueces en Berlín, pusieron la verdad en su punto, y los diarios católicos y los diarios serios liberales de Italia, tronaron contra un proceder tan innobio, y la misma Agencia Havas, que no es más que una red de mentiras puesta al servicio de la masonería, no tuvo más remedio que confesar de vez en cuando que los calumniadores se habían tirado la plancha del siglo.

Pero prosiga Vd.

«Porque esto, que hará sonreír a más de uno, es lo lógico, lo natural, por que, que resultó de las investigaciones hechas en la Argentina con respecto a Juncos y a Aguirre? Nada! Eran entonces patrañas de los enemigos del clero? Chi lo sai!»

Vaya, melón ¡sino lo sabes, porque te empeñas en afirmar como verdades esas calumnias, a pesar de las sentencias judiciales en contra!

Vamos; qué siempre me ha parecido muy curioso el caso de ver a estos Metodistas, ir del brazo, como buenos amigos, con los libre pensadores y jacobinos de todo pelaje, que ni creen en Dios y blasfemas de Cristo.

Ciegos, que prestan su apoyo a otros ciegos.

Ya de ellos dijo el Salvador: que todos caerían en el abismo.

El MUDO.

El aniversario patrio

Su conmemoración religiosa

Edicto del Sr. Arzobispo

Considerando que es un dogma de nuestra santa religión, así como un postulado filosófico, la intervención de la divina Providencia en los acontecimientos humanos y en los destinos de las naciones;

Por tanto, al festejar la patria el aniversario de su independencia, a fin de conseguir del Señor las bendiciones por su prosperidad y venturoso porvenir, ordenamos:

1.º Que en todas las iglesias parroquiales de la República el 25 de Agosto se celebre una misa en acción de gracias, que podrá ser campal, o cambiarse por un Te-Deum.

2.º Que en ese mismo día en todas las misas que se celebren se añada la oración *pro gratiarum actione*, suprimiendo la imperatoria.

3.º Que se repiquen las campanas en todos los templos al alba, medio día y puesta del sol.

4.º En la Basílica Metropolitana a las 10 a. m. del mismo día, después de celebrar la santa misa, entonaremos el Te-Deum en acción de gracias.

Dado en Montevideo el 17 de Agosto de 1907.

La juventud Católica

La juventud católica manifiesta sus sentimientos patrióticos enlazándose en forma elocuente con sus sentimientos religiosos. Dios y Patria es el norte de sus generosos entusiasmos. Bellísima es la actitud de la juventud cuando da libre paso a sus arranques patrióticos poniéndolos bajo la égida de los ideales católicos.

Y al concurrir mañana al Te-Deum que se cantará en la Metropolitana a las 10 a. m. de una prueba vigorosa de la altura de miras que la inflama.

Círculos C. de Obreros

CÍRCULO DE MONTEVIDEO

EL FESTIVAL DEL PRÓXIMO DOMINGO

Sesta función

Programa del gran festival patriótico que tendrá lugar el mañana 25 del corriente en conmemoración de la Independencia de la República en el salón del Círculo, Minas 240:

Himno Nacional.

Estreno! El cuadro dramático dirigido por don Luis Urquiza pondrá en escena el grandioso drama en tres actos y en verso, escrito expresamente para el Círculo, por el señor consiliario del mismo, Phro. don Germán Vidal, titulado: «Los 33 orientales», para el cual se han mandado pintar decoraciones especiales. Tomarán parte los señores F. Masza, J. A. Manzi, N. Castillo, E. Baciagalupi, H. Serra, F. Vergara, J. Quirrol, O. Betinelli y N. García.

Bazzini—Elegie, para violín por don J. Roberto Melgar Diana, acompañado al piano por don Luis Urquiza.

Una furtiva lacrima, romanza para tenor por don S. Bernasconi.

Kujadaiak—Vencidoski, para violín por don J. M. Rodríguez, acompañado al piano por don Hilario Urbina.

El cinematógrafo «Paris», proyectará «El drama bohemio» y otras escogidas cintas de su interesante repertorio.

Précios de entrada (en condiciones reglamentarias): Socios y socias de todas las categorías, señoras, señoritas y niños, 10 centes; hombres no socios, 20 id.

Las entradas están ya en venta en los siguientes puntos: Secretaría del Círculo, Minas 240; Administración de El AMIGO DEL OBRERO, Daymán 126; Librería Popular, 18 de Julio 523; Librería de la Aguada, Agriada 321.—A las 8 1/2 p. m.

Se previene que solo se expendrán 600 entradas por no permitir mayor número la capacidad del salón.

Al clausurar con el presente la primera serie de festivales del corriente año, la Comisión de Fiestas agradece a los beneméritos miembros del Cuadro Dramático su plausible dedicación, y a los señores socios la cooperación prestada, y les avisa que, en breve se anunciará la segunda serie por intermedio de El AMIGO DEL OBRERO.

PARTIDO DE PELOTA

Mañana domingo, tendrá lugar a las 3 p. m. un partido de pelota en la cancha del Círculo.

Jugarán los consocios Andrés Iraizoz y Pedro Parrabere contra S. Santamarina y R. Zaffaroni.

Mucha concurrencia presenciara ese partido.

NUEVOS SOCIOS

Fusron admitidos en la sesión del 14 del corriente, los siguientes:

Activos—José Alvarez Soca presentado por Gerardo Silva Carlos Arnaboldi por Pablo Berrutti; Miguel Bueno por Ramón Pérez; Jaime Carballo por iniciativa de Felipe Prieto; Juan Carballa por iniciativa de Virginia Tozzi; Carmelo Capor por Pedro Piccinno; José L. Carballa por Juan Calceagno; Antonio Cavallini por José E. Carro; Manuel Costa por Francisco Scaffarelli; Angel Degrandi por Jorge R. Balleschich; Pedro Etchemendy por Carlos A. Bruzzone; Santiago Iraiqua por Pedro Brocca; José Ireta por José San Martín; Oreste Galli (hijo) por Fernando Cozzolino; Lindolfo H. Giménez por José A. Bernasconi; Miguel Labat por Ramón Pérez; Bartolomé Marcen por José F. Rolan; José Osorio por José Osorio; Juan Ricabaldi por Tomás Bonfiglio; Augusto Rossi por Juan Zuchi; Esteban Sellanes por Luis Marchese; Manuel Salles por Enrique Aparicio.

Inscriptos—Matilde S. de Alvarez por Benito Cristobal; Carolina P. de Arnaboldi por Pablo Barutti; Juan C. Balocco por Juan Calceagno; Alfonso O. Briganti por Antonio Ramona Barraco; María C. de Carballa por Felipe Prieto; Ana T. de Carballa por Virginia Tozzi; María A. de Carro por José E. Carro; Josefa C. de Cavallini por José E. Carro; Carmen S. de Costa por Francisco Scaffarelli; Estanislada Curbelo por Ramón Pérez; Rosa M. de Di Landro por Mauro Capobianco; Pilar Domínguez por Ernesto D'Antuono; Carmen V. de Dura por Vicente Degandole; Rosa S. de Marengo por José F. Rolando; María E. Mola por María B. de Bueno; Ramona Muniz por Juan Calceagno; Balbina Pérez por Ernesto D'Antuono; Lila Piat por Leoncio Picum; Teresa S. de Rebilla por Pedro Cuneo; Josefa

